

3. ¿REPOSTAMOS?





Hay momentos en los que te preguntas exactamente, ¿qué tengo que hacer en mi vida? Más bien, la pregunta va acompañada con una cierta angustia, y no lo expresas en un grito porque no quieres hacer el ridículo.

Con la duda que te planteaba me refiero a la experiencia de tener que hacer elecciones de verdad, en las que sabes que te estás jugando el futuro, o que tendrías que pensar a largo plazo hacia dónde vas. Durante mucho tiempo te acostumbraste (y te acostumbraron) a ir haciendo lo que tocaba. En el colegio o en el instituto, prácticamente, cuando regresabas del verano (si no tenías que repetir curso), lo que tocaba era hacer “el curso siguiente”. Pero en cierto momento, toca tomar una decisión. ¿Sigo o no sigo estudiando? ¿bachillerato o algún modulo? ¿elegir asignaturas para ciencias, letras...? Es como si tuvieras que saber ya lo que vas a ser en un futuro... y tú no sabes aún quien eres.

Y así se repite la experiencia una y otra vez incluso en los cursos de la universidad hasta llegar al último, “¿que hago el año que viene?”; cursos especializados, máster, apuntarse al paro... “¿en qué me voy a convertir?”; tras los años de trabajo, “¿es esto lo que quiero?”; y más adelante, casarse, tener hijos, montar una casa...

No te agobies, no es cuestión de responder a todo de golpe. Pero es esencial que te preguntes si hay un horizonte en tu vida al que vas caminando. Quizás te pases toda la vida buscándolo, pero eso ya es caminar, es ir buscando un sentido a lo que la vida te va ofreciendo.

Hay gente que teme dar respuesta a estas cosas, o que nadie le ha enseñado a sentirse seguro en las respuestas. Espero que tú, al menos, te encuentres aprendiendo. Pero este es el precio de la libertad: puedes vivir en un miedo atroz a equivocarte o transformarlo en unas ganas inmensas de acertar. Aunque puedas pensar que es lo mismo, no es así. Lo primero, te paraliza; lo segundo, te hace lanzarte hacia la próxima pregunta. El miedo abre la puerta a caer en la tentación de elegir el camino fácil, o el camino placentero o renunciar a elegir, sin pensar si es la decisión adecuada.

Además, durante el camino, vas aprendiendo. Las cosas no son siempre perfectas, o las elecciones son las más acertadas. Hay cosas de las que seguro que te arrepientes y otras de las que estás orgulloso de haberlas elegido. Pero en medio, también se encuentran decisiones en las que te has dejado llevar, has confiado en las palabras de otros, e incluso te has dejado en las manos de la providencia, de Dios. Las seguridades se van construyendo con la experiencia, pero algunas de ellas te llevan a una confianza cada vez mayor.

Y a la cabeza te estarán viniendo especialmente los momentos en los que las cosas no han salido bien.

- ¿Tras el accidente, crees que todo sigue igual?
- ¿Tras morir mi padre, soy libre para seguir mi camino?
- Con gente así ¿merece la pena ser educada?
- Dos años en el paro ¿te parece un buen horizonte?
- Para que me traten como una cosa, mejor no tener pareja.

Estas experiencias llegan a bloquear cualquier horizonte que te plantees. Y tú, como creyente, acabas preguntándote: “¿que tiene Dios que ver con todo esto? ¿de qué me sirve creer?”. La enfermedad, la muerte, el pecado, ahogan cualquier plan, cualquier futuro, me apartan o me tiran del camino.

Si Dios tiene algo que hacer, que evite todo esto, todos los males del mundo, todo lo malo que me pasa. ¿Esto lo permite Dios?

Este es el paso más importante del creyente. En el camino de descubrir quién eres, a dónde vas y qué haces aquí, aceptas que eres criatura, que eres libre, que tienes virtudes, defectos... pero que no estás sólo. Dios no puede controlarlo todo sin cargarse la libertad que te ha dado. Necesita que le elijas, que seas libre para dejarle acompañarte. Que confíes en que puede ayudarte, puede transformar tus miedos en oportunidades. Te enseña a ver las cosas desde la esperanza y no desde el desconsuelo, a que la Fe ilumine tus preguntas. Y un Amor tan grande que te acompaña en cada momento.

Dios es capaz de transformar con su Gracia todo lo que tú eres. Es la fuerza que te capacita para alcanzar lo que consideras imposible, lo que piensas que es insoportable. La experiencia de la Fe, de la confianza total en Dios, hace que en lo que eres débil, Dios se haga fuerte.

Ante todo lo que es enfermedad, sufrimiento, dolor, dependencia, angustia, ... por la Gracia de su Amor, Dios te sana.

Ante todo lo que es muerte, desprecio, insultos, burla, abandono, oscuridad... por la Gracia de su Amor, Dios te da vida y te resucita.

Ante lo que es pecado, tropiezos, errores, negaciones, alejamiento,... por la Gracia de su Amor, Dios te perdona.

Dice san Pablo “en mi debilidad te haces fuerte” (2 Co 12, 9-10). Es ahí donde Dios es Dios mismo, donde desaparezo yo (por que no puedo) y le dejo actuar a Él. Necesita tu aceptación, necesita que tú quieras que sea el que lo hace todo. Quizás no es suficiente con que lo pienses, sino que lo experimentes, que lo explícites, que le dejes actuar en ti.

Nunca es tarde para hacerlo. Seguro que recuerdas haberlo vivido alguna vez. ¿Por qué no volver a intentarlo?



La tarde está cayendo, no has parado en todo el día. Has ido de aquí para allá y por fin has podido llegar a ese lugar donde el tiempo se detiene, donde no importa nada, sólo estás tú. Miras a tú alrededor y nada, ni nadie, te puede molestar. Solo puedes ver los árboles, la tierra y el sol, que cada vez está más anaranjado y va cayendo en el horizonte.

En esa tranquilidad, algo despierta tu interés. Tu cuerpo siente como algo le recorre, y se estremece. Empiezas a notar una gran fuerza fuera de ti, pero no eres capaz de ver qué es. Notas como cada vez tiene más fuerza.

Miras a tu alrededor y sigues estando solo. O eso es lo que tú piensas. Fíjate bien, no estás solo. En todo momento hay una fuerza que te acompaña, día y noche. A todas horas, esa fuerza va donde tú vas, a veces más fuerte, otras ni la sientes. Jamás la has visto, o nunca te has parado a fijarte en ella.

Es el viento, que está siempre ahí, aunque no lo veas, aunque a veces no te des cuenta y no lo sientas. Él está en todos tus momentos, con más o menos fuerza, con más calor y presencia o con más frío y ausencia. Pero está, está junto a ti (Jn 3, 8).

Él te mueve y te anima, te marca el día a día y te cambia. No lo ves, pero lo sientes. Aunque muchas veces, puedes creer que lo estás viendo, o notando su presencia al ver como las hojas de los árboles se mueven, como la veleta apunta una dirección, como hace volar el remolino... así es Jesús.

No lo puedes ver, pero lo sientes. Necesitas su presencia. ¿Pero dónde puedes vivirlo, o buscarlo para tenerlo más presente? A pesar de tu necesidad, es Dios el que te regala el hacer visible lo invisible, a través de los sacramentos la presencia de Jesús es real entre nosotros.

Por eso, en aquellos momentos en los que el camino se hace largo, pesado, repetitivo... y necesitas de un empuje para continuar, puedes parar y realizar ese "repostaje" en los sacramentos. Esa gasolina que te alimenta para seguir adelante, para continuar el camino. Ellos son el combustible que te acerca más al Amor del Padre, por medio del Hijo, y manan de Él para ser tu fuente de vida, la Gracia del Espíritu Santo.

¿Te acercas a Él para repostar?
¿Es Jesús el surtidor de tu vida?

Te invito a acudir al CD para ver la imagen del retablo de Fray Bonifacio. Como verás, del costado de Jesús manan siete hilos de sangre que se vierten en siete imágenes. Son imágenes que representan los sacramentos. Si tienes la oportunidad también puedes acudir a visitarlo en el museo Pío V de Valencia. ¡Disfrútalo!



En tu día a día, por desgracia, te habrás encontrado con momentos difíciles, incómodos, con situaciones que mejor borrar, con acciones de las que no se pueden estar muy orgulloso. Con momentos desgarradores, con desilusiones que te han marcado. Momentos en los que la enfermedad, los malos actos y la muerte han marcado tu carácter, tu sentido de la vida, tu actitud ante el mundo. Con ello has dejado de sentir e intuir ese viento del que te he hablado antes, has sentido que se alejaba de ti ese Amor, porque no lo veías cerca o no sentías ese Amor de Dios, ni en tus seres más queridos, ni en tu grupo donde siempre has compartido la fe... Sientes que todo te falla. En estos momentos, en lo último que esperas apoyarte es en los sacramentos, o el acudir a ellos para salir adelante. Te comprendo, tranquilo, trataré de ayudarte.

Párate a pensarlo un momento, y si lo consideras necesario vuelve a leerlo. Los sacramentos salen del Amor de Dios para que sean tu fuente de vida, y esto ¿no hace cuestionarte sobre por qué no acudes a renovarte y salir con fuerzas de nuevo?

Jesús no vino para dejar un mundo peor de lo que estaba, para eso los hombres ya nos hubiésemos arreglado solos, dejándolo completamente en tinieblas y donde el sufrimiento fuera el sentimiento más bello.

Él creó el corazón y el sentir del ser humano, de todos aquellos que forman la Iglesia, aquella comunidad de discípulos encargados de transmitir al mundo entero la fe y vivir el Amor que Jesús les dio. Él vivió como uno de nosotros. Como has visto en el tema anterior, Jesús sintió la muerte de un amigo, la enfermedad de alguno de los suyos, la condena de la gente por malos actos, la traición de un amigo... Jesús sintió y padeció lo mismo que puedes estar pasando tú.

Él es como tú, menos en aquello que te separa del Amor de Dios: el pecado. Por ello, Jesús quiso que pudiéramos recuperar la cercanía al Padre. Volver a estar en Gracia de Dios, como lo estuviste desde el día de tu bautismo.

¿Vamos muy rápido? Relee las últimas palabras y paladea qué quiero decirte con ellas. Si quieres profundizar más sobre el bautismo te recuerdo que en el anterior libro trabajamos con él. ¿Te acuerdas?

Tú, que eres Templo del Amor de Dios, jamás vas a estar sólo y menos en los momentos difíciles. Porque para ello, Él instituyó los sacramentos, para que tú libremente, te acerques a Él y experimentes la presencia de Dios que sana, perdona, fortalece, alimenta y capacita para amar. ¿Apetecible, no?

Reconciliación

Ante los malos actos, la culpa y el mal, Él te da la oportunidad de acercarte al Padre y vivir el perdón. Así nos lo explicaba Jesús en la Parábola del Padre Misericordioso. “Era preciso celebrar un banquete y alegrarse... porque estaba perdido y lo hemos encontrado” (Lc 15, 11-32).

Dios sana todo lo que está herido en ti, y te capacita para volver al camino con una fuerza nueva, con un espíritu renovado.

*¿Sueles acudir a esta "estación de servicio" a repostar?
¿Cómo te sientes al vivir la reconciliación?*

Unción

Posiblemente algún día, necesitarás que Jesús visite tu vida con mayor fuerza, debido a momentos de sufrimiento, dolor o enfermedad. El sacramento te unirá más a la Pasión de Cristo y te dará fortaleza, paz, ánimo y el perdón de tus pecados, y si es su voluntad hasta la salud.

Quizás hasta ahora no has pasado por esta situación, pero ya ves, hasta en los peores momentos de tu vida, Jesús se hace presente en ti.

*¿Te gustaría recibir esta visita en los momentos más débiles?
¿Confías en que Él te puede liberar de tu sufrimiento?*

Eucaristía

“Tengo sed” (Jn 19, 28). Tal vez en numerosas ocasiones experimentas la sensación de angustia, falta de sentido, de rutina, de sed, de respuestas... de muerte. Ante esto, Dios nos da la vida. Nos da todo, la vida eterna. Y eso lo vemos en la Cruz, ahí es donde nos da su gran Amor. Él se entrega por ti y por todos en el sacrificio de la Eucaristía, salvándonos del pecado y de la “muerte”.

Y tú, ¿vas a la Eucaristía? ¿Es tu fuente de vida?
¿Es la que sacia tu sed? ¿o lo ves como algo rutinario?
¿Cómo vives tú la Eucaristía?

Comparte las sensaciones y experiencias que te han surgido con estas preguntas a través de los perfiles de Juniors Moviment Diocesà en las redes sociales de Facebook y Twitter.



En el camino de tu día a día, posiblemente necesites saciar la sed que el ritmo de la vida te exige. Dios te espera con los brazos abiertos para saciar tu sed. Él también tiene sed de ti para que puedas repostar en Él y salir con el depósito de tu vida, rebotante de su Amor.

TENGO SED DE TI. Si, esa es la única manera en que apenas puedo empezar a describir mi amor. TENGO SED DE TI. Tengo sed de amarte y de que tú me ames. Tan precioso eres para mí que TENGO SED DE TI. Ven a Mí y llenaré tu corazón y sanaré tus heridas. Te haré una nueva creación y te daré la paz aún en tus pruebas. TENGO SED DE TI. Nunca debes dudar de Mi Misericordia, de mi deseo de perdonarte, de Mi anhelo por bendecirte y vivir Mi vida en ti, y de que te acepto sin importar lo que hayas hecho. [...]

Recuerda que eres peregrino en esta vida viajando a casa. El pecado nunca te puede satisfacer ni traerte la paz que anhelas... Ven a mí sin tardanza porque cuando me das tus pecados, me das la alegría de ser tu Salvador. No hay nada que yo no pueda perdonar y sanar, así que ven ahora y descarga tu alma. [...]

Cuando finalmente abras las puertas de tu corazón y finalmente te acerques lo suficiente, entonces me oirás decir una y otra vez, no en meras palabras humanas sino en espíritu: "no importa qué es lo que hayas hecho, te amo por ti mismo.[...]"



Estas palabras de la Beata Madre Teresa de Calcuta, expresan el sentimiento de sed que Dios tiene de ti, y como a través de los sacramentos puede saciarte. Si te has quedado con ganas de leer más, te invito a que vayas al CD y leas el documento entero titulado “Mira que estoy a la puerta y te llamo”.

¿Y tú, tienes sed? ¿Tienes sed del Amor de Dios?
¿Tienes sed de encontrarte con la fuente de este Amor?

Solo hay un lugar donde puedes saciar esa sed. Solo hay un lugar donde te puedes sentir perdonado. Solo un lugar donde te puedes sentir eternamente amado. Y ese lugar se llama Jesús. Él solo tiene ojos para ti.



Me gustaría que escucharas la canción de Juan Luis Guerra, Solo tengo ojos en ti, como si fueran palabras que Él te susurra al oído.

Esta mirada que habrás escuchado en la canción, es la que provoca una superación a tus miedos, a tus debilidades y frustraciones, pues es mirándole a sus ojos donde aprendes a amar y a perdonar, siendo amado y perdonado. Él hace que confíes en el Amor de Dios, y a que vivas la vida con la alegría con la que Él vivió.

Y el hecho de que puedas afrontar la vida, no es para que te vuelvas a encerrar en ella otra vez, o para que no vuelvas a la fuente de la Eucaristía, sino para que comiences a entender y vivir en Jesús, por medio de Él y de los sacramentos, y así experimentes la GRACIA DE DIOS.

Esta es un don gratuito que recibimos en el día de nuestro bautismo, donde el Espíritu Santo nos llena nuestra alma, con el fin de ayudarnos y encaminarnos en la verdadera alegría del Amor de Dios.

¿Cuántas veces tendrás que pararte a repostar en tu vida?
¿Estás preparado para dejarte llenar y rebosar de su Amor?





En este momento te podrías comprometer a muchas cosas, ¿No? Aunque lo más seguro es que tengas un gran lío en tu cabeza, que no estés para ningún compromiso, ni ningún sobresfuerzo que vaya más allá de lo que ya haces, ¿verdad?

¿Quieres atreverte y salir de lo que haces todos los días con fuerzas renovadas? ¿Te comprometes a hacer algo de lo que a lo mejor, no haces, o no lo hacías con este nuevo espíritu renovado?

Es muy sencillo. En el apartado anterior te he hablado de los sacramentos y la importancia que tienen para vivir la fe y el amor de Dios, de una manera más madura. Es momento de vivir el Sacramento de la Reconciliación de esa misma manera. De que demos un paso en firme, y que lo vivamos como la fuente de vida que nos acerca a Dios, de la cual salimos más renovados y vivos.

El sacramento del perdón probablemente haya perdido todo tu interés. Puede que lo entiendas como una intromisión a tu intimidad, pero solo quiero pedirte una cosa. Olvídate de esa imagen que te has formado al respecto y de ese chascarrillo sobre el sacerdote que tienes delante. Déjate llevar por lo que es, vive el sacramento, la fuente que te acerca más al Amor de Dios, a su misericordia, a su perdón. Tal vez te puede ayudar el examen de conciencia que trabajamos en el primer tema.



En el CD encontrarás un resumen de una de las audiencias del Papa Francisco sobre la confesión. Léelo y disfruta de cómo en cinco párrafos, es capaz de romper tus barreras y animarte a la confesión.

Una vez entiendas que el sacramento de la reconciliación es bueno para hablar con el hermano y decirle esas cosas que te pesan en el corazón, y cuando termines de confesarte salgas sintiéndote libre, grande, bello, perdonado, limpio y feliz, sentirás como dice el Papa Francisco, lo hermoso de la confesión.

Si ya te sientes con la suficiente confianza para realizar la confesión, te dejo una carta que Jesús te ha escrito personalmente. Disfruta de la versión completa que encontrarás en el CD. Aquí te dejo el principio de esta carta, para que puedas reconocer la ternura de las palabras que te dirige.

Querido amigo:

Ya sé que piensas que no sabes bien de qué pedir perdón. Cuando eras pequeño quizá contabas siempre lo mismo [...] Al fin y al cabo, quizá has llegado a pensar que no hacía falta confesarse más [...] lo que quiero darte es tan grande y tan importante para tu felicidad que no me canso de esperar a que cambies. [...] Pero no tengas miedo. Yo perdono sin castigar, puedo ayudarte a cambiar. [...] elimino todos los pecados cometidos, que son el combustible para realizar más, y, después, reparo lo que está dañado en el corazón...

Jesús, Tu Señor y Amigo.

¿Te atreves a ser feliz? ¿A sentirte lleno del Amor de Dios?
¿A ser libre y a vivir de la misericordia de Dios?

¿A qué estás esperando?
¡Lánzate y disfruta del sacramento de la Reconciliación!





Lo que te voy a pedir ahora es algo muy sencillo. Tienes que poner toda tu atención y todas tus ganas para vivirlo de la mejor manera posible, de forma que te llene y vivas la celebración de una manera más profunda y distinta a lo que habías hecho hasta ahora.

Es bueno que entiendas muchos de los gestos de una Eucaristía, pues es, el centro de tu vida y la fuente que te renueva. A veces se llega a convertir en algo rutinario y poco gratificante, debido que no te dice nada.

¿No te sientes así en algunas de las celebraciones?
¿No te aburres de no entender muchas cosas que hace el sacerdote? En este apartado te invito a que acudas a una eucaristía distinta a la que sueles ir. No te estoy pidiendo que cambies de sacerdote o de parroquia, tan solo de horario, por empezar a romper un poco la rutina a la que estás acostumbrado.

Llévate ya sea impreso o formato digital, el documento que encontrarás en el CD. Léelo con atención antes, porque sino, de poco te servirá en la celebración.



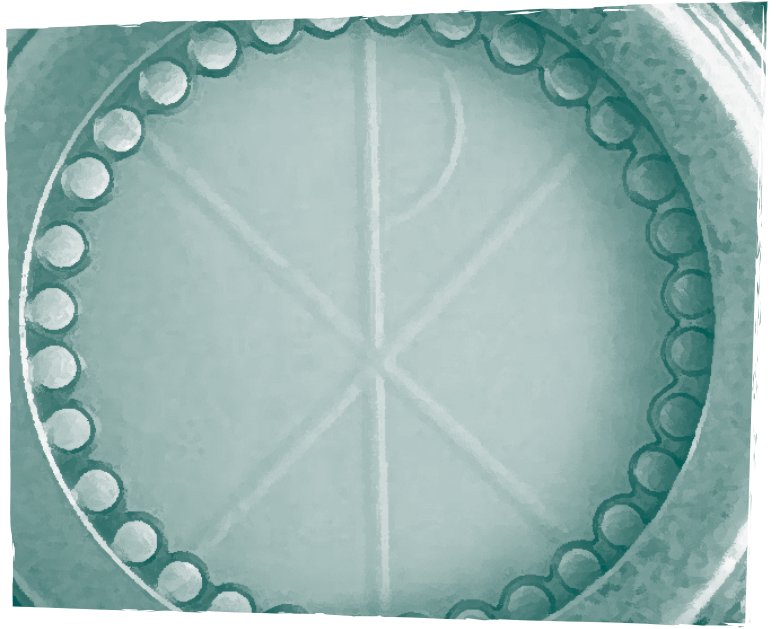
Encontrarás un texto que te ayudará en esta celebración llamado “Una nueva Eucaristía”.

En este documento se explican las partes de la Eucaristía. Tanto las que conoces, como aquellas que suele realizar el sacerdote y tal vez desconozcas. La Eucaristía está cargada de simbolismos y significados que te pueden acercar más a esta fuente de vida.

¿Te habías preguntado alguna vez por qué se echa agua en el vino? ¿O qué es lo que recita el sacerdote cuando se levanta a proclamar el Evangelio? Si te surge alguna duda como esta u otras después de la celebración, acude a tu sacerdote y pregúntale.

Por último, recordarte que la Eucaristía es la fuente de vida, donde Jesús se entrega por ti y donde te muestra el Amor de Dios. No lo olvides y sé valiente. Acércate a la Eucaristía con otra mirada.

¡Ánimo, esto será el inicio de una verdadera experiencia del Amor de Dios!





HÁBLALE

1. Vivir a corazón abierto.

Podrías pensar que es mejor no implicarse con casi nada. Utilizar mucho la cabeza y el bolsillo, y proteger el corazón. Porque es turbulento, voluble y frágil, y a veces te lleva por la calle de la incertidumbre. Pero luego imaginas lo que sería una vida sin poner el corazón en juego, y te ves frío, autómeta, calculador... ¿Y tú quieres eso? Es verdad que a veces sufras. Pero la vida son cuatro días, y Dios no te ha creado para la gelidez, sino para la pasión profunda de quien apuesta.

2. ¿De quién es partidario tú corazón?

De vez en cuando conviene volver a hacerse esa pregunta. ¿Dónde pones las expectativas, los anhelos, las ilusiones? Si es en un espejo o es en un fajo de billetes, o en la comodidad o la diversión. O en los aplausos, o el éxito. O en algunos nombres. O en la fe. Y la justicia. Y la gente. **Es importante saber qué es lo que te llena**, lo que te inquieta, lo que te ocupa y te preocupa, a lo que le das la oportunidad de quitarte la tranquilidad. Porque ahí es donde estás viviendo con más implicación.

¿Dónde está hoy tu corazón?

Corazón partidario

Mi corazón, lo sabes,
no está con el que triunfa o que lo espera,
con el juramento mercader
que acecha el buen provecho,
se agazapa, salta sobre la utilidad, que es su querida.

Busca ganancia en el abrazo,
obtiene renta de las mariposas y pone rédito a la luz,
cobra recibo por los amaneceres milagrosos,
por cambiante gracia del color
de una invisible rosa apresurada,
dulce y apresurada
como si fuese un hombre o una llama
o una felicidad humana: sí.

Mi corazón no está con el hombre que sabe
de la verdad todo lo necesario

para olvidar el resto de ella,
satisfecho del viento, poderoso del humo,
canciller de la niebla,
rey acaso, pero nunca de sí.

Carlos Bousoño

3. Amor ya correspondido.

«No temas, que yo te he elegido, te he llamado por tu nombre, tú eres mío.
Eres precioso a mis ojos, y yo te amo» (Is 43, 1-4)

A veces uno necesita oír una declaración de amor. Una declaración de que hay alguien, Alguien, que siempre está ahí, contigo. De que el amor, en tu vida, ya está sembrado. De que cuando te levantas, cuando te sientas solo, cuando estas con otros, cuando te enamoras o cuando se te rompe el corazón. Cuando te sientes como un volcán o como una bayeta, cuando eres feliz y cuando tu vida es drama, cuando la fe flaquea o cuando es firme, cuando los motivos tiran de ti o cuando parece difuminarse... siempre, siempre, hay quien te ama primero.

Déjate envolver por esa confirmación, de que Alguien te ama...

Dile que no me tema, amor, y dile...

Dile que no me tema, amor, y dile
que estoy a su lado como el aire,
como un cristal de niebla o como el viento
que se aquieta la tarde.

Dile que no me huya, amor, y dile
que no me vuelva a herir, que no me aparte,
que soy el brillo húmedo en sus ojos
y el latido en su sangre.

Dile que no me aleje, amor, y dile
que yo soy el umbral de su morada,
el agua de su sed

y aquel único pan para su hambre.
Dile que no se oculte, amor, y dile
que ya no tengo rostro ni señales
de haber vivido antes de quererme.

De haber vivido, antes.

Dile que no recuerde y dile
que no respire, amor, sin respirarme.

Julia Prilutzky Farny



“Haced esto en conmemoración mía” (Lc 22,19) estas son las palabras que Jesús pronunciaba en la última cena a los discípulos, después de bendecir con ellos la cena e instituir la Eucaristía. A lo mejor no todos lo entendieron a la primera. Seguro que alguno, hasta después de meterle el dedo en sus llagas, no entendió lo que estaba ocurriendo en esa cena.

¿Y tú? Después de lo vivido en el celébralo, ¿entiendes lo qué ocurrió esa noche? Tú corazón se ha transformado, y ya eres una persona llena de la Gracia de Dios, con un horizonte nuevo y con nuevos caminos por donde caminar.

Ahora te invito a que compartas lo vivido con alguien cercano. Busca a aquel que veas que está más alejado de la vida de Dios, a aquel que no vive el Amor de Dios y a aquel que no a experimentado ningún sacramento. Anímate y acércate a Él e invítale a que te acompañe a una Eucaristía. Ahora que tú ya la vives de otra manera, podrás acompañarlo, ¿no? Y al acabar, preguntale.

Ayúdale a entender la Eucaristía, como tu ya lo has hecho. Esto puede ser una manera de poner en práctica las obras de misericordia, las cuales nacen de ti porque llevas la Gracia de Dios en tu corazón.



Comparte tus experiencias y sentimientos sobre esta vivencia en los perfiles de Juniors Moviment Diocesà en las redes sociales de Twitter y Facebook.